

Torcuato se movió en la tierra debajo de la hamaca del General. Negro lucumi, con el sabor de la esclavitud todavía en los labios, era el fiel remedo de un perro en vigilancia perpetua. Cuando el General dormía, él, debajo de la hamaca, dormía también con el sueño despierto del escucha; y cuando el viejo soldado, fustigado por las fiebres perniciosas, no podía abandonar la hamaca, bajo ella se estaba Torcuato víctima a su vez de las fiebres del sometimiento y de la abnegación.

Torcuato sabía cuando el Jefe estaba contento, cuando estaba desesperado, cuando se sentía prudente o bélico... Y Torcuato sabía también cómo no se volvía atrás cuando disponía algo en cierto estado de ánimo.

Aquel día el General tenía hambre; sus codos se marcaban, separados del cuerpo, en la lona de la hamaca. Torcuato sabía que en aquel instante los ojos del General estaban abiertos, fijos en el vértice del ángulo que formaba el techo del rancho de vara en tierra y que pensaba intensamente en la forma de procurarse algo de comer. Su naturaleza estragada por las fiebres no apetecía nada, pero él sentía el hambre de su gente como si la tuviera dentro del estómago; sentía el hambre de los suyos como se satisfacía con sus actos valerosos o le humillaban sus acciones cobardes.

No era General por accidente, ni por apellido, ni aún siquiera por el arrojo, sino por el derecho natural, por la cualidad de saber imponer su decisión a los demás y poder asimilar y dirigir la decisión de los otros.

Torcuato lo observaba desde tierra; quería hablarle pero sabía que en aquel momento no lograría nada y sin embargo él no podía esperar si quería contar con tiempo suficiente para alcanzar el fin que se proponía. Tornó a moverse y de pronto, tomando una decisión, se levantó y mirando al General cara a cara quiso hablarle. Pero no había pensado en las palabras y se quedó mudo ante los ojos violentos del enfermo...

-Mi... mi...

El gesto enfurecido del General no dejaba pasar la primera sílaba, pero él se había decidido, e insistió:

-Yo... yo...

-¡Échate...!

Torcuato no se echó; continuó la sílaba en los labios esclavos sublevados aunque temblorosos, hasta que por fin pudo decir:

-Yo tené que hablale...

Pero el General, aún más extrañado que enfurecido, no lo oía y volvió a gritarle:

-¡Échate! Échate o te mando a colgar de una guásima...

-Guásima depués, hora Tocuato va a habla. Tocuato va buca comía grande si Generá deja; depués guásima. Tocuato no mete mieu guásima ni na...

El General ya francamente enfurecido miró para los ayudantes que no las tenían todas consigo, y temiendo hasta donde pudiera llegar la obstinación de su asistente, admitió:

-Bueno, habla, pero échate. Ya sé lo que tú quieres pero eso es imposible. Ese isleño no se va a dejar coger. Si el plan fracasara y se llegara a saber en el pueblo, nuestra situación aún sería más embarazosa. ¿Saben quién es? -añadió dirigiéndose a sus ayudantes-; El viejo Ignacio, padre del jefe de la Guerrilla de Hatillo. Dice que lo ha visto pescar en el río Bélico, después del Paso del Minero; y quiere cogerlo para cambiarlo por reses. Casi nada, en la misma Villaclara, a un tiro de rifle de los Fuertes.

-Tocuato cogé guerrillero -insistió el negro con obstinación-. Tocuato cambia viejo po bueye.

El General hundió un poco más los codos en la hamaca. Torcuato sabía lo que significaba aquello, pero no se inmutó y tornó a decir:

-Tocuato cogé guerrillero...

Ante aquella insistencia, el General cedió; pero arqueando las cejas hírsutas amenazó:

-Tú ve; si fracasas, nada podrá salvarte de la guásima...

Torcuato, que aún no se había echado, corrió fuera del rancho a ensillar su caballo y a los pocos instantes se oía alejarse un largo y doble galope por el camino del Suazo en busca de la cordillera del Escambray. Afuera caía la tarde por entre las dos lomas que bordea el río Abagama y que servían de protección al cuartel general de los insurrectos.

Los tiempos eran difíciles; en el campo de la revolución no se comía carne desde hacía muchos meses y ahora, con la muerte de Maceo y el consiguiente fracaso de la invasión, se haría aún más difícil conseguir un mal buey. Los ánimos estaban abatidos y vacíos los estómagos. Día a día las confidencias estaban peor servidas y ni la

el ne gro negro carlos montenegro carlos monte tor cuato

célebre quinina se encontraba en ellas, mientras los guerrilleros agrandaban sus zonas aumentaban su audacia.

Pero Torcuato no pensaba en nada de esto. Allí, debajo de la hamaca, le daba vueltas y vueltas a su idea. Desde el día en que vio al viejo Ignacio pescando en el río, se dio a pensar en la manera de capturarlo y fue más tarde, mirando para los codos del General, que se le ocurrió que el isleño podía servir para algo más que para fruto de guásima y almuerzo de tinosas.

Al fin lo encontró. El viejo bien valía su media docena de bueyes. Ahora, mientras dejaba atrás la loma de la Cruz y se adentraba por la manigua sabanosa en campos de más peligro, le daba los últimos toques a su plan. Sabía que su cabeza pendía de un hilo. Cuando el General decía las cosas con los codos clavados en la lona de la hamaca, no se volvía atrás...

Ya hacía horas que había dejado el campamento y, aunque faltaban algunas más para divisar las luces de Villaclara, comenzó a tomar precauciones. No estaban las cosas para que su penco o el que llevaba del diestro se partiesen una pata corriendo por sobre cascajos, dientes de perro o raíces de guamá y menos para que, denunciado por el ruido, la guerrilla se lo llevase de encuentro. En la madrugada cruzó el Paso de la Volanta sobre el río Bélico y escondiendo los caballos en una gatera continuó el camino a pie.

Al viejo guerrillero le gustaba pescar con la fresca y no debía demorarse mucho si no quería ver fracasado su plan. Todavía a medio aclarar llegó a los juncales del río donde había visto a su hombre y desde ellos se puso a espiar mientras, con el machete, vaciaba una gran güira que a ex profeso había cogido de una mata.

Había que hacer las cosas bien; él sabía cómo se las gustaban aquellos isleños, y el problema no era provocar una lucha a la vista de los fuertes, sino cogerlo por sorpresa y llevárselo callandito hasta la gatera donde tenía escondidas las bestias, fuera ya de la zona más peligrosa.

El juncal no bastaba para ocultarlo y fuera de él estaba el limpio con alguna yerba guinea raquítica, incapaz de esconder a un hombre. Pero él lo tenía todo meditado y por eso había convertido la güira en una gran jícara con respiradores donde su cabeza cabía perfectamente. Ya la había probado sumergiéndose en el río y sirviéndose de la güira

como de una especie de escafandra de buzo, cuando divisó a lo lejos al isleño que traía sus aparejos de pesca. Torcuato se sumergió hasta más abajo de los hombros, disimuló la güira entre el limo y el paral que cubrían abundantemente toda la orilla y removió con sus talones el fondo fangoso hasta que el agua se enturbió haciéndolo completamente invisible.

El isleño ya cebaba los anzuelos al lado del juncal, donde su acechador lo había previsto, junto a un asiento natural de piedra.

—Río revuelto —dijo el isleño en alta voz—; cualquiera diría que ha llovido por aquí, a no ser... —se detuvo un instante observando... que esté oculto entre el paral algún caimán de paso...

Se sacudió la prudencia y sentándose en la piedra continuó el soliloquio:

—Me parece que voy a coger más pejes que mi jijo insurrectos; aunque las guabinas y anguilas están más juyuyas aún que esos majases del monte...

Al sentarse dejó colgando los pies sobre el agua y en aquel instante la güira comenzó a moverse en dirección a él. En efecto, el caimán de paso estaba allí pronto a llevárselo; era un caimán africano, lucumí, aunque más astuto que ninguno de los que visten escamas...

El isleño nada había visto; con la mirada fija en la caña de pescar no presentía el peligro que lo acechaba. No era pusilánime; conocido jefe de guerrilla de la otra guerra, demasiado viejo ya para imponerse otra campaña, le había dejado el grado en herencia a su único hijo, más arrojado todavía que él, más sanguinario e inflexible y por lo menos con tanto odio hacía los insurrectos como el que su corazón guardaba. Como a Torcuato, algo había en el isleño que le hacía recordar su época de esclavitud y no concebía la libertad siquiera. Para él los insurrectos eran unos bandidos, ladrones de ganado, incendiarios y asesinos que vivían fuera de la ley y que era preciso exterminar a toda costa. Vivía orgulloso de su hijo que continuaba sin menoscabo la tradición de las guerrillas de Camajuani y cuyas órdenes eran acatadas en el monte hasta por la guardia civil y las tropas regulares...

Él ahora ya no valía nada; estaba viejo, achacoso y medio inutilizado por los machetes que había recibido. Dos veces lo habían dejado por muerto en medio de la manigua y las dos veces pudo regresar al pueblo y hacer

un escarmiento con los confidentes que, viéndolo en las últimas, se le habían mostrado imprudentemente. Pero ya faltaba poco. Por fin se habían llevado por delante al mulato oriental que era el más peligroso de todos. Un mulato con brujo, con resguardo, de otra forma no se explicaba que hubiera podido atravesar tantas veces la isla de punta a punta en sus invasiones, burlándose tanto de las tropas del rey como de las guerrillas, lo que era algo más difícil.

Fue en esto que vio la güira flotar acercándose a él, avanzando contra la corriente. Como sucede a menudo, Torcuato que lo había previsto todo, falló en lo más sencillo. Sus ojillos dentro de la güira observaban al viejo Ignacio y comprendió que algo anormal sospechaba. Se quedó inmóvil entre el limo y esperó; la presa no le quitaba los ojos y parecía que todo iba a fracasar cuando algo picó en el anzuelo... Torcuato comprendió que no tenía tiempo que perder y, mientras el guerrillero se afanaba en su pesca, saltó fuera del agua y cogiéndolo por las piernas lo hundió en el río...

Ya había avanzado bastante la noche cuando el negro Torcuato, cabizbajo y con los ojos vinosos perdidos en la incompreensión y en el despecho, entró en el rancho del General. Este esperaba confiado; cuando lo amenazó con el castigo drástico tenía la certeza de que su asistente lograría lo propuesto; le sobraba valor y astucia para salir con bien de la empresa y si alguna inquietud sentía era por haberlo dejado ir solo a algo que era tan difícil como que penetrase en un campamento enemigo haciéndose pasar por español. Torcuato era de los que nunca fallaban, pero ahora el General lo veía entrar desplomado, con toda la derrota encima de él, e indagó:

—¿Qué te ocurrió, negro? ¿Es posible que hayas escogido la guásima? ¿Y el hombre? ¿Y los bueyes...?

—Hombre ahí está, Generá; pero ileño se mué bruto; ileño desí que él no cambia po buey; que sí insurreto tiene hambre, insurreto coma ileño; desí que en África lucumí come gente humana...

—¿Y tú, qué le has contestado a todo eso? ¿Le has dicho que también tú tienes tu guásima escogida?

—No; Tocuato no pensá; Tocuato cuenta a Generá y desí que conose ileño bruto y sabé que gente no come buey...

—¿Entonces tú opinas que todo está perdido?

El asistente movió la cabeza desesperado por la impotencia y añadió:

—Gente no come buey...

El General se mantenía en una serenidad irritada. Sentía el fracaso como suyo y esperaba que Torcuato le buscara solución a lo que parecía no tenerla, según su respuesta obstinada.

—Bueno, que le hagan consejo de guerra. Mira, Torcuato, forma tú mismo el consejo de guerra. Es lo menos que te puedes llevar por delante. No comeremos buey...

Los ayudantes lo miraron extrañados; todos sabían que la vida de un guerrillero no valía lo que una pluma de una tiñosa; pero, también, que en las cuestiones de forma, el General no admitía burlas. Y aquello les daba mala espina.

—Torcuato no pensaba nada, aceptaba la orden como una compensación y encontraba muy natural que fuese él quien juzgase al isleño.

Salió resuelto, pero con el aspecto del hombre que está bajo una grave amenaza, y se fue en busca de Ta Paulino; después del Congo Santos, después de Nato Mandinga y así hasta cinco de los más respetables de los suyos, negros lucumíes también, y media hora más tarde el tribunal entraba en funciones.

Torcuato se nombró fiscal, contó lo que había hecho y por qué; preguntó por última vez al guerrillero si estaba dispuesto a pagar el rescate y ante la negativa de éste, anunció la pena.

El isleño debía morir; como él era fiscal, se encargaría de ejecutarlo. Los demás no estuvieron conformes. Cada uno de ellos adujo sus derechos y como la discusión se alargaba demasiado, Congo Santos, el más viejo, habló:

—Aquí to somo iguale y to debemo hasé lo que manda Consejo; ca uno saca machete en ridor ileño y aonde camine él ese ñampia.

Ñato Mandinga, cuya ropa estaba raída, preguntó:

—¿Y ropa? ¿Va a rompé?

—Ñato Mandinga sabe —admitió Congo Santos—; ileño pone encuero.

Salieron al limpio y al rato el isleño Ignacio estaba en medio de un círculo, completamente desnudo. Todos habían desenvainado el machete y esperaban que el guerrillero se

decidiese por alguno, pero éste permanecía inmóvil. Sin ropas lucía insignificante entre aquel círculo de hombres armados y no obstante ni un músculo de su cara se movía; pensaba, acaso, en las veces que había estado a punto de morir, o en que su hijo andaría a aquellas horas en busca de enemigos que matar. Detrás del círculo estaba la manigua; si pudiera romperlo y llegar hasta ella, difícilmente sería alcanzado. Ni por un solo momento admitió la idea de recuperar la libertad a cambio de comida para los insurrectos.

Después de muerto "el mulato" la guerra estaba ganada y ya sólo era cuestión de más o menos días. Él no iba a servirles ahora de respiro.

Los hombres del círculo se impactentaban y ya estaban dispuestos a terminar de una vez cuando el isleño, midiendo la distancia, intentó huir. No dio dos pasos: el largo machete de Torcuato lo alcanzó en plena frente y el condenado cayó de rodillas. Unos instantes después cada uno de los miembros del tribunal limpiaba con yerba la hoja ensangrentada de su machete...

Torcuato se dirigió al rancho del Jefe que le preguntó al llegar:

—¿Qué le salió?

—Cabeza —contestó Torcuato pasándose el índice por el cuello.

—Bueno, cuando amanezca que lo ejecuten.

—Ya Tocuato jecutó.

—¿Cómo?...

—Sí, Tocuato no traí buey, Generá dice cuerga guásima y Tocuato cumple su debé ante de Generá colgá. No tá bien que muera un mimo palo insurreto y guerrillero.

Y Torcuato se echó bajo la hamaca en espera del amanecer en que debía ser colgado. Él sabía cuando al General se le podía hablar y cuando no. Al mirar hacia arriba, vio los codos de éste hundidos en la lona de la hamaca hasta querer romperla y cerró los ojos para morir descansado.

Cuando dejó escapar el primer ronquido, el General se sonrió extendiendo los brazos a lo largo de su cuerpo.